

1er. Capítulos  
La cazadora de cuerpos  
Najat El Hachmi



Vuelve la autora de *El último patriarca* con una sensual novela que estimulará todos tus sentidos

Najat El Hachmi



La cazadora de cuerpos

Traducción de Ana Rita da Costa

Ella está delante de una puerta en lo alto de una escalera demasiado empinada. Duda. Todavía no pulsa el botón del timbre. Se pasa el dorso de la mano por la mejilla para secarse el sudor o hacer que se le pase el hormigueo que la recorre, como una caricia. Pero no es una caricia, claro está, éstas suelen ralentizar su paso por la piel de un modo más bien caprichoso. Mira hacia atrás: un día alguien se propuso hacer una escalera de peldaños estrechos que se sucedieran como si quisieran atraparse unos a otros, y así salió una escalera tan derecha. Y además sin barandilla. Una hermosa escalera de mármol, pero como sacada de otra época, también de vértigo. Qué tontería más grande, estar delante de una puerta y no decidirse a llamar, como una niña. No, de hecho las niñas son más decididas porque saben menos cosas, no tienen ni la más remota idea de lo que podría esconderse tras la puerta. ¿Y si sale un vecino? No es más que un trabajo como otro cualquiera, para acabar de pagar las facturas. ¿Qué tiene de malo querer completar los ingresos? Por supuesto, se había prometido a sí misma que nunca ejercería un oficio tan íntimo, pero desde que una compañera de la fábrica se lo había propuesto

no había dejado de pensar en ello. Ahora ya se ha pasado la mano por la frente, ya se ha restregado las palmas sudorosas en las costuras de los pantalones, ya ha cambiado el bolso de sitio un par de veces, ya se ha rascado la oreja derecha hasta dejársela en carne viva, ya no le quedan más excusas cuando se sobresalta al oír el sonido estridente que ella misma ha provocado al pulsar el botón.

## LA COLECCIÓN

---

## EL ETÉREO

---

Si supiera usted qué recuerdos conservo de los hombres... Conservo muchos, aunque siempre me he dicho que sólo servían para pasar un buen rato, para divertirme un poco. Por breves que hayan sido mis encuentros con ellos, nunca he logrado olvidarlos del todo.

Recuerdo al Etéreo. Era un chico. Sí, todavía era un chico, diría yo, que subía por una cuesta muy cerca de mí. Aquella cuesta que compartimos durante un buen rato. Hasta que me di cuenta de que nos dirigíamos al mismo lugar, yo a limpiar y él a alojarse allí. Ahora mismo no sabría decir qué fue lo que me atrajo de él como para dedicarle tanto tiempo. Aunque a decir verdad no fue mucho tiempo, interrumpido y viéndonos tan de vez en cuando que lo nuestro nunca acabó de convertirse en una relación. ¿Qué es una relación? ¿Dónde empieza? Yo no tengo novias, me dijo, sólo tengo amigas. Entonces no le pregunté que si a las novias las llamaba amigas cómo llamaba a las amigas, ni si todas sus amigas eran medio novias, lo que no quería decir sino que se acostaba con ellas siempre que le apetecía. Cuando crees que las personas no te dejarán recuerdos, estas cosas te las callas. Le decía que no sé qué me atrapó del Eté-

reo, los ojos sin fondo, quizá, o la expresión que se le detenía como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa en una película. Tardaba en reaccionar ante las preguntas que la gente suele contestar sin pensárselo demasiado. Es algo que más tarde, cuando lo nuestro ya se acababa, llegaría a molestarme mucho.

El Etéreo me invitó a comer a su casa, y ambos sabíamos que todo iría como acabó yendo, aunque más despacio de lo que yo habría imaginado. Sí que estuvo bien aquello de sentarnos en el balcón a tomar el calorcillo de un sol de febrero y hablar de nuestras vidas mientras tomábamos un té al que no me dejó echarle azúcar porque estaba aromatizado con anís y el anís ya es bastante dulce. A cada sorbo reprimía el asco que me producía aquel líquido insípido y caliente. Encontramos coincidencias entre su vida y la mía. Ambos habíamos sido niños medianamente felices de familias medianamente convencionales, no habíamos destacado ni mucho ni poco entre los compañeros de clase y habíamos decidido abandonar los estudios sólo porque no teníamos claro hacia dónde tirar. Establecer estos puntos en común en las líneas paralelas de nuestros pasados nos hizo sentir una euforia que habría de facilitar bastante lo que vino después. Como si el universo nos hubiese condenado a encontrarnos. Bien mirado, sin embargo, aquellas coincidencias podían haberse producido con cualquier otra persona. Lo que ahora me resulta evidente es que no hablamos demasiado de cómo aquellas líneas habían empezado a divergir a partir de un momento dado, cuando él me contó que se había ido a Canadá con dieciocho años y yo no me atreví a replicar que apenas había salido de mi ciudad. O cuando me habló de su regreso a las

aulas pasado aquel año sabático para aprender a curar cuerpos estropeados. Unos estudios que al parecer costaban una fortuna y que lo habían llevado hasta allí.

No hice caso de todas estas coincidencias, del mismo modo que no cumplí la regla universal vigente en todas las películas y series de televisión según la que nunca jamás, bajo ningún pretexto, debes follar con un tío el primer día que quedas con él. Pensaba en todo esto, en escenas de besos esponjosos y ellas subiendo solas, dejándolos plantados tras puertas que se cierran, cuando sentí una fuerte presión en el muslo. Algo duro que subía desde detrás de mi rodilla y ya me llegaba al culo. Eso cuando aún no me había dado ni un beso, cuando no nos habíamos abrazado apasionadamente, que era lo que tocaba primero, ni habíamos caído rodando por el suelo de la cocina. No lo hicimos nunca en el suelo de ninguna cocina. Yo diría que lo que me atrajo de él fue aquella dureza que me subió por la pierna y el movimiento lento, insinuante pero extrañamente invasivo y excitante. No lo volvió a hacer nunca más, aquello. A veces pienso que no fue más que una maniobra, un truco que tenía preparado y cuyo efecto sobre mi cuerpo conocía de antemano. Porque otra cosa no, pero de cuerpos sí que sabía el Etéreo. Los estudiaba, los exploraba, conocía los nombres de todos los músculos y las formas, las conexiones. Por eso en aquel primer abordaje cogió la botella de refresco y me apretó algún músculo que conectaba con otro que yo desconocía. Tuve que agarrarme a la mesa para alargar la presión sobre mi carne.

Con el Etéreo el sexo era perfecto, de hecho. Se ocurría, se disimulaba a sí mismo en mi cuerpo y de



pronto reaparecía con fuerza. Me engañaba fingiéndose suave y tierno, y de golpe se transformaba en un dominador. ¿Cómo saben ellos que lo que deseo es un dominador? Nunca se lo digo, pero lo adivinan. Y el Etéreo, la verdad sea dicha, era un dominador elegante y sutil que con gestos que otra jamás habría valorado me hacía entrar en el papel que más me gusta. Como por ejemplo la fuerza súbita con que me retiraba los brazos que le rodeaban el cuerpo y los presionaba contra la almohada, dejándome desarmada, o cómo me deslizaba los dedos por la espalda hasta estar dentro de mí sin que me diera cuenta y luego se me metía todo él sin dolor. Ahora que lo pienso, para ser del todo justos, el sexo sí era perfecto. Un domador de cuerpos, eso era el Etéreo. Nunca empezó siendo brusco ni zafio, sabía de ritmo, que es la cosa más difícil para un amante, pero en algún momento me pareció que todo era comedia. Me entraba la risa cuando le veía el gesto serio estando encima de mí, cómo se le oscurecían los ojos. Sí, aquellos ojos de un azul como de cristal le cambiaban con el orgasmo serio que acostumbraba a tener, como si fuera el desenlace de una tragedia. A lo mejor me cansé de que el sexo le convirtiera el rostro en algo tan grotesco, o que le diera tanta importancia, o que hablara tan despacio que me exasperaba. Son cosas que no llegas ni a ver cuando te puede la excitación, como si estuvieras en medio de una carrera y lo más importante, lo único que importara, fuese llegar a la meta. Esa clase de detalles que después me molestarían tanto sólo los puedes ver si estás quieta, y entonces yo me lanzaba a un sprint cada vez que descubría una chispa de deseo en los ojos de algún hombre.

¿En qué momento empecé a cogerle manía? Manía, manía, casi odio hasta que llegó el asco y ya no podía acercarme a él. Podía tolerarlo, pero a una distancia que me permitiera no olerlo. ¿En qué momento detuve bruscamente la carrera? Porque lo cierto es que él no había cambiado, seguía siendo el mismo de siempre, pero yo no podía seguir viéndolo del mismo modo. Sé engañarme muy bien cuando necesito un cuerpo, me digo que no es más que eso, placer y punto, pero no puedo hacerlo durante mucho tiempo. Por suerte o por desgracia, no sabría decirlo, mis autoengaños siempre son temporales. Y así es como empiezo a pensar en las cosas de él que me sacan de quicio mientras me entrego a él, mientras me lame desesperado para provocarme una reacción y yo sólo pienso en la lentitud de sus movimientos cuando no está follando, en la cara de desesperación que pone cuando no se le enciende el fuego de la cocina, en lo nervioso que se pone cuando se le hace tarde y tiene que recorrer las calles oscuras que van de mi casa a la suya. Sí que era un chico, pero ya no tenía edad para temer la oscuridad. O cuando no quería comerse una ensalada en una fiesta porque las hojas de lechuga habían estado en contacto con el atún y él jamás comería carne de ninguna clase. Pienso en cómo cuenta las almendras y las raciona para que le duren mucho mientras me lame esperando que me corra de un momento a otro. Me esfuerzo por blindarme las fosas nasales y no notar su olor, antes tan agradable. No puedo correrme porque pienso en él fuera del sexo y no sé si lo hago por mí o por vengarme de que sea tan insoportable y pese a todo siga formando parte de mí. Hasta que le digo para, ya puedes dejarlo, y él dice no,

no, no quiero dejarte a medias y yo digo que no tengo ganas, que ya está bien así y lo que sea con tal de escapar a su placer impuesto. Él no acababa de entenderlo pero tampoco le daba demasiadas vueltas porque ya hacía rato que no se había quedado a medias.

Luego le cogió la manía de buscarme sólo por detrás, algo que a mí me gustaba como una actividad adicional, pero a partir de cierto día siempre quería ir a parar al mismo sitio. Nos besábamos y abrazábamos, pero a la que me despistaba ya lo tenía allí, como una obsesión. Eso les pasa a muchos hombres, a la que hacen algo contigo que nunca habían hecho con ninguna otra mujer, siempre quieren más de lo mismo. Y como tengas la osadía de decirles que lo que te gusta un día no tiene por qué gustarte al día siguiente, pero quizá sí al cabo de tres días, te miran desconcertados como si estuvieras loca. Pero había algo animal en el modo en que el Etéreo me buscaba, me recordaba a los perros cuando se olisquean nada más verse. Me había dicho que antes de estar conmigo nunca se había atrevido a hacerlo, pero a mí me parecía que era por lo que tenía de prohibido o inusual, o que temía que por delante yo fuera a succionarlo hasta hacerlo desaparecer. ¿O era la época en la que yo temía succionar a los hombres con los que follaba? Como no me gusta hablar de estas cosas, hacía lo que podía para que cambiara de idea sin palabras, dirigiéndolo, evitando darle la espalda, pero acababa aburriéndome porque él parecía contrariado, se volvía opaco y poco creativo, y todo el sexo era una gran decepción. Me daba la impresión de que era una especie de chantaje que cuando yo le decía así no se acostara completamente impasible dejando que yo me encargara de todo

el trabajo. Como si dijera: si no hacemos eso, haz tú lo que quieras.

También le cogí manía por hablar de los cuerpos de otras mujeres. No se lo dije nunca, claro está, porque había quedado claro desde el principio que no éramos novios ni nada, que él sólo tenía amigas, pero no hacía falta que me explicara la excitación que le provocaban los cuerpos desnudos de las mujeres que lo iban a ver por su trabajo, que él tenía que curarlas y las veía allí tendidas en la camilla y no podía evitarlo. Suerte que era un buen profesional, me decía, pero seguía hablando de las pacientes que lo ponían cachondo cuando las tenía a tiro. También creo que lo hacía expresamente. Siempre había dicho que no quería una relación de las convencionales, que todo debe ser más libre, más fluido.

Éramos eso, amigos que quedaban para follar, como tantas otras parejas de nuestra edad. Sólo que yo no era amiga suya antes de hacerlo la primera vez ni seguí siéndolo cuando todo se acabó, y que la frecuencia de nuestros encuentros sexuales era más elevada que la de los encuentros amistosos. No hace falta etiquetar las cosas, decía, ¿quién dice que tenemos que ser como el resto de las parejas y matarlo todo poniéndole nombres? No hay ninguna necesidad. A mí me parecía bien, no me interesaba una relación de las de toda la vida, de las que empiezan, van pasando por todas las etapas y se acaban. Con pasión al principio, algo parecido al amor después, odio más tarde hasta llegar a la indiferencia. Era un camino que no quería conocer.

Pero la relación dejó de ser así de abierta, o fui yo la que se dio cuenta de que sólo era abierta para él. Yo lo avisaba cuando lo necesitaba, y él me avisaba cuando

quería estar conmigo, y por lo general coincidíamos. Hasta que un día me mandó un mensaje que decía «¿Voy?» y yo contesté que no. No porque no tuviera ganas sino porque estaba en un bar tomando una cerveza con Él, que ya me acariciaba un dedo y hablaba sin cesar. Él era todo lo contrario al Etéreo. Nervioso, acelerado siempre, bajito y regordete, con mucha carne, no como el Etéreo, que era alto y flaco. Sí, si tuviese que definirlo, diría que Él era todo carne, e imaginaba que me perdía entre sus carnes. También estaba hecho de excesos, jamás habría contado almendras, las habría devorado directamente y con un sonido tirando a animal. Un jabalí. Pensaba en jabalíes corriendo por el bosque mientras Él me explicaba lo importante que era su trabajo y se pasaba dos dedos por la comisura de los labios más a menudo de lo normal y luego se los secaba debajo de la nariz. Se pasaba la mano por el pelo y movía sin parar la pierna apoyada en el taburete de la barra de aquel local oscuro en el que no recibí el mensaje del Etéreo hasta que salí afuera.

En la calle, mientras pisaba los adoquines iluminados por las farolas del casco antiguo, sentí la llamada del deseo de Él mientras leía en el móvil aquel «¿Voy?» de hacía tres horas y le contesté que no podía. «No puedo» a la una de la madrugada no es lo mismo que «no puedo» a las ocho de la noche.

La cosa fue decayendo por sí sola. O porque ya me sentía atraída hacia Él, o bien porque me sentí atraída hacia Él a raíz del desencanto provocado por el Etéreo, que siempre quería hacerlo por detrás y hablaba de los cuerpos de otras mujeres porque no éramos novios, no lo sé, pero la manía que le había cogido ya me impedía

incluso acercarme a su cuerpo. Sobre todo cuando me preguntó qué hacía despierta a la una de la madrugada, y yo le contesté que estaba tomando una cerveza con un amigo. ¿Pero un amigo-amigo o un amigo especial o un amigo a secas? Un amigo, jolín, ¿cuántas cosas quiere decir la palabra? Fue entonces cuando me soltó una frase que lo despojaba de todas las caretas: ¿pero es que no sabes qué busca un hombre cuando invita a una chica a tomar una cerveza? Qué lástima me dio todo aquello, porque el comienzo había sido elegante y casi poético, pero el final fue de un patetismo objetivo. Cualquiera que lo hubiese presenciado habría coincidido conmigo. Acabé echándolo a patadas y cerrando la puerta tras él un día que vino cuando ya se suponía que sólo éramos amigos-amigos y que no volveríamos a liarnos porque yo no quería y al cabo de un rato ya estaba intentando meterme mano en el sofá del comedor, y cuando yo decía no él me decía por qué no si tú también te mueres de ganas. De eso nada, dije antes de que empezara a gritar y toda la serenidad de sus gestos se convirtiera en una expresión grotesca de supuesta violencia que resultaba ridícula. Hala, largo de aquí y no vuelvas a dirigirme la palabra. Tuve que emplear todo el peso de mi cuerpo para obligarlo a sacar el pie que había metido entre el marco y la puerta, impregnándolo todo con un regusto a película de acción cutre.

Volvió a intentarlo muchas veces, está claro, pero yo ya lo veía desnudo y no podía hacer nada para volver a vestirlo con aquella aura de profeta ni de amante mítico. Fui buena con él, porque pese a encontrarnos más tarde y hablar como amigos nunca le dije que me acabé liando con el ghanés que me había presentado y con el

que había bailado en la fiesta de la ensalada con atún en la que él nos miraba incómodo. Todo esto se lo explicaría a usted para saber qué piensa, pero aún no lo conozco lo bastante, aún no sé exactamente quién es y me tomaría usted por loca si le diera esta clase de detalles a un desconocido.